

Batalla de Chacabuco

Se evoca otro aniversario de la Batalla de Chacabuco.

Paréceme sentir el eco, seco de las herraduras sobre las piedras de los contrafuertes andinos; paréceme ver el relampagueante centelleo de las bayonetas, partiéndo en mil haces los reflejos solares; paréceme divisar a lo lejos la apuesta y bizarra falange, en lo alto de la majestuosa cumbre, lista para caer como avalancha sobre las huestes realistas, en la Cuesta de Chacabuco.

Son las huestes valerosas e intrépidas, los soldados que con increíble denuedo afrontaron penurias, atravesando desiertos, escalando cumbres cuyos nevados picos parecen besarse con el cielo azul. Son las legiones de nuestra historia, que llevando como enseña los colores de ese cielo, rompieron para siempre en duridad las cadenas de la esclavitud; para entonar luego, entre el ruido ensordecedor de la metralla, allá en Chacabuco, en la quebrada de Maipo, el himno sublime de los libres. Y desde entonces, esta patria argentina cimentada entre el estruendo del cañón, el humo de la pólvora y los fulgores multicolores de sables y bayonetas, continúa la lucha por su grandeza, no ya en los campos de batalla; el ruido es de las fábricas, los fulgores de la idea y el humo, el de miles y miles de chimeneas, que se elevan hacia el infinito, como incienso de progreso, quemando en holocausto a nuestra gloria y aun a nuestra grandeza, pues hemos querido y queremos una patria grande, no como amenaza para los débiles, sino como garantía, justicia y libertad; y cuando así sea, cuando el esfuerzo de los hijos de esta tierra culmine en ese noble ideal, no olvidemos nunca que quien nos enseñó el camino del triunfo, fue el que llevó a la lid a los soldados mil veces gloriosos de nuestras luchas libertadoras, Don José de San Martín.

En territorio chileno, por medio de emisarios secretos, hizo desparramar con anterioridad una proclama que habla en alto de sus predilectos sentimientos: "Chilenos, amigos y compatriotas: El ejército de mi mando ha librado de los tiranos que oprimen ese precioso suelo. Yo me enternezco cuando medito las ansias reciprocas de abrazarse tantas familias privadas de la felicidad de su patria... Más adelante —agrega— la tropa está prevenida de una disciplina rigurosa y respeto que debe a la religión, a la propiedad y al honor de todo ciudadano". Después dice: "El soldado se incorporará en nuestras filas con la misma distinción de los que las componen. El pal sano hospitalario y auxiliador del ejército será recompensado por su mérito y tendrá la gratitud de sus hermanos; se castigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no se cometerá alguno bajo las banderas de América y que se arrepentirá tarde y sin recurso el uno que, los ofenda".

Y no hace la proclama encabezándola con su nombre. Se sabe representante de su pueblo, como hombre y como digno, usurpa la confianza tan amplia que le ha depositado, por eso termina: "Estos son los sentimientos del Gobierno Supremo de las Provincias Unidas de Sud América que me manda, desprendiéndose de una parte principal de sus fuerzas para romper las cadenas ensangrentadas que obligan al carro infame de los tiranos: son los míos y los de mis compañeros de campaña".

Es la mañana del 12 de febrero de 1817, ya torna el sol a invadir por doquiera; valles cumbres se encienden a su beso, es un instante pálido y rosado que parece disipar crueles tinieblas, que parece rasgar ese algo profundo de la noche que cenía los ámbitos del mundo, pareciendo así vestir el Ande inmenso el manto regio. Y esa luz tenue se hace grandiosa, iluminando a quienes llegan ya en pos del enemigo al histórico valle de Chacabuco.

Son ya las diez, el Primero, el Segundo y el Tercer Escuadrón del glorioso Regimiento de Granaderos a Caballo, al mando del Coronel Zapiola, son los primeros en pisar ese suelo venerado y O'Higgins al mando de uno de los cuerpos del ejército patriota, cargados varias veces la bayoneta. Soler ataca el flanco izquierdo de los rea-

listas, ya vibran en medio de las tropas las notas sonoras del clarín y al toque de cada cuerda, dos escuadrones con el Coronel Zapiola a la cabeza se precipitan sobre los cuadros enemigos; el tercero acuchilla a los artilleros sobre los cañones, el cuarto y la escolta cargan sobre la caballería enemiga y la aventan del campo de batalla.

La columna del General Soler está presente, ejecutando un perfecto movimiento envolvente y destruye al enemigo. Luego la persecución implacable para los que pudieron huir. En síntesis, es Chacabuco jornada que revela el valor legendario de nuestros granaderos.

Y ha sido esa cuesta de Chacabuco, teatro mudo de una etapa más de libertad de nuestro suelo.

Ese 12 de febrero de 1817, San Martín puede exclamar: "ya es libre Chile, después de Chacabuco". Ya es libre Chile. Su plan se cumplía y aquel genio rival de los condores que amedrentados a su paso volaban aterrorizados buscaba el infinito del Pacífico para poder llevar sus huestes hasta el pueblo que lo clamaba y lo necesitaba como salvación de su existencia: Perú.

Julio Olmos Zárate

(Febrero 14 de 1969)